

III Seminario de Investigación Historiográfica, (Mérida, 24 al 27 de septiembre de 2002)

Tomás Straka
Universidad Católica Andrés Bello

Claudio Briceño Monzón
Universidad de los Andes

LA HISTORIOGRAFÍA

La madurez de toda ciencia es su metacognición. Es el momento cuando ya tiene acumulados los suficientes saberes, sucedido las suficientes doctrinas y desarrollados los suficientes debates como para que los especialistas comprendan que el estado de sus conocimientos, ése generalmente compartido por su generación y que en términos de Khun llamaríamos *ciencia normal*, no es la ciencia en sí, sino tan sólo un eslabón de su proceso, un estadio en la espiral de su creación. Que es la versión de su momento y del nivel de logros llegados hasta la hora, y no la consumación de todos los saberes posibles.

Así se pasa de lo que los psicólogos y pedagogos llaman la cognición (el solo conocer) a la metacognición (el saber qué tanto y cómo estoy conociendo). Se eleva la reflexión de su radio circundante a un nivel más amplio, a una perspectiva histórica. Cada nueva propuesta empieza a ser pondera en esta clave, deja de ser vista con esa autocomplacencia que entre los adolescentes da la patente de novedad y se la compara con lo anterior; se procesa en función de la relación, de, digamos, la *dialéctica* –porque se trata de un proceso dinámico, de contraste y confrontación– que establece

con el resto de lo producido hasta el momento; de la síntesis, amalgamamiento o bien la ruptura que hace con lo precedente.

El ejemplo más claro de esto es, sin lugar a dudas, la filosofía a partir del *Sturm und drang*, esa renovación romántica que tiene a Hegel como pico, cuando los manuales y los estudios, hasta entonces ensimismados en sus propios sistemas, comenzaron a verse a sí mismos en una perspectiva general, como la continuación o superación de lo anterior. Se dejó, al menos en lo más importante pensado desde entonces, el rigorismo de que la filosofía era esa versión construida hacia el siglo XII, la escolástica, por otra perspectiva donde la escolástica misma no era sino una estación más de un camino más largo. A partir de entonces, la *historia de la filosofía* pasó a ser la introducción a todo estudio filosófico, según la feliz fórmula hegeliana con la que arranca su póstuma *Introducción a la historia de la filosofía* (1837); el saber acumulado como necesario marco de referencia para toda nueva proposición. Para ubicarla y ponderarla dentro de ese conjunto general.

Pues bien, más temprano que tarde con la ciencia histórica hubo de pasar igual. Superado el positivismo inicial que, positivismo al fin, consideró delimitada de una vez y para siempre a la historia científica en el método rankeano, se fue abriendo poco a poco una crítica, que en su vertiente marxista y por la Escuela de los Annales, en filósofos como Croce, en el corrosivo análisis de neopositivistas como Popper, o de pensadores como Carr, cada uno desde su perspectiva y con sus niveles mayores o menores de limitación, fomentó el análisis de la historia en la historia o, mejor, de la historia de la historia; o sea, del cotejo de los discursos históricos que se han sucedido como productos de su tiempo y de las biografías de los hombres que los redactaron, y con los alcances que en cuanto tales es lícito esperar de ellos. La historia dejó de ser un conocimiento puesto a punto fijo, para ser desacralizada, en el sentido prístino de ser sacada de su lugar sacro, supratemporal, y ser puesta acá, en el suelo, con los hombres de a pie, como un producto más de su devenir y la producción social de sus saberes.

A esa *historia de la historia* la llamamos historiografía. Hoy es ya una disciplina con plena credencial de ciudadanía entre la comunidad de investigadores. Nos es dable imaginar una crítica a las fuentes historiográficas sin la misma; y no es dable, además, una investigación que no se inicie con esa crítica, con ese asomo al *status quaestionis* de lo que se va a investigar. A tanto, pues, llega la importancia de la historiografía. Y a más, incluso, con el desarrollo del estudio de las mentalidades y sus ramificaciones (imaginarios, sensibilidades, etc.), cuando los historiadores, siguiendo un poco aquél mandato evangélico de no ver la paja en el ojo ajeno sin ver la estaca en el nuestro, nos hemos puesto a pensar en cómo es que pensamos nosotros, cómo es el proceso de creación de conocimientos que se da en nuestra

cabeza, hasta qué punto somos realmente autónomos, hasta qué punto la metodología nos aísla de fenómenos sociales en los que estamos inmersos, como la memoria colectiva, las alegorías y metáforas de nuestro tiempo. Nos hemos puesto, en fin, a desarrollar nuestra metacognición.

En Venezuela, después de aquél genésico ensayo de Mario Briceño-Iragorry, "Nuestros ciclos históricos" (1947), la historiografía adquirió plena forma con el esfuerzo desplegado por Germán Carrera Damas en la Escuela de Historia de la Universidad Central de Venezuela durante las décadas de 1960 y 70. Su *Metodología y estudio de la historia* (1968), y su gran compilación *Historia de la Historiografía Venezolana* (1961, el tomo I, y 1997 los tomos II y III), son clásicos de lectura obligatoria en el tema. El proceso de repensar la historia venezolana que lidera Carrera; el trabajo de evaluar todo lo dicho hasta entonces y de darle severa musculatura metodológica a lo que se diría después, redundará en una verdadera revolución en nuestra ciencia histórica, cuyo impacto sentimos hasta hoy. Aunque aún con un poco de timidez, la historiografía fue entrado, directamente o parcialmente como parte de otras materias, en los pensa de los postgrados; se abrió camino en los Pedagógicos y Escuelas de Educación. Se ha ido convirtiendo en parte de nuestra "ciencia normal", acaso como el mejor signo de su madurez.

La Universidad de Los Andes, obviamente, donde está la segunda –en aparición cronológica– Escuela de Historia del país, no podía mantenerse al margen de todo esto. Aunque tal vez un poco tarde, se metió en el debate, y tanto, que ya tiene recuperado todo el tiempo perdido y cuenta con un Grupo de Investigaciones sobre Historiografía de Venezuela (GIHV), edita una revista especializada en el tema, *Historiográfica*; y lleva ya convocados tres seminarios internacionales sobre el mismo. De la zaga ha logrado pasar así, como los mejores corredores, a la vanguardia de estos estudios en el país.

GIHV: DIVULGACIÓN Y ESTUDIO DE LA HISTORIOGRAFÍA VENEZOLANA

El GIVH es una unidad de investigación creada en septiembre de 1994 por un conjunto de profesores interesados en el tema, que está adscrita al Departamento de Historia de América y Venezuela, de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes, en Mérida. Se ha estructurado de acuerdo con las exigencias del Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico (CDCHT) de la ULA. De hecho, surge dentro de su política de abordar la investigación mediante la organización de unidades integradas por profesores-investigadores interesados en estudiar de forma científica un problema determinado, que ha rendido ya unos cuantos frutos: para el visitante, resulta sorprendente la cantidad de

grupos, formalmente organizados, que actúan en la ULA. Éste, en particular, se integró a partir de la relación académica previa existente entre su Coordinador, el Prof. Alí Enrique López Bohorquez, y los otros profesores miembros del grupo, e investigadores preocupados por el estudio de la historiografía sobre Venezuela.

El objeto de investigación del GIHV, la historiografía sobre Venezuela, se proyecta por la necesidad de abordar el tema dado su ausencia en los planes de la Escuela de Historia de la ULA, tomando conciencia de la obligación de investigar sobre problemas historiográficos, con el criterio que debe examinar las deficiencias y aportes de la historiografía venezolana para la revisión científica de nuestro proceso histórico.

Los miembros del GIHV son: Alí López Bohorquez, Robinzón Meza, Gilberto Quintero Lugo, Daniel Ibarra, Ildefonso Méndez Salcedo, Yuleida Artigas Dugarte, Ysaac López, Alberto Rodríguez Carucci, Oda Núñez de Peña, Zoraima Guédez, Claudio Alberto Briceño Monzón. Lourdes Luque, Pedro Molina y Juan Carlos Contreras.

Buscando renovar nuestra conciencia histórica, a través de la concepción de un conocimiento histórico producido por la práctica de un sentido histórico y un espíritu crítico, el GIHV realizó en su sede institucional en la Facultad de Humanidades y Educación de la ULA, en la ciudad de Mérida entre el 4 y el 5 de diciembre de 1997, el *I Seminario de Investigación Historiográfica*, con la presentación de un conjunto de 16 trabajos sobre diferentes temas de historiografía venezolana, de los ámbitos nacional, regional y local. Con este primer seminario se abría la posibilidad al GIHV de presentar los diversos avances en el campo de la historiografía en Venezuela, institucionalizándose esta actividad de extensión para su realización cada dos años. Uno de los propósitos del seminario fue abrir la posibilidad de discusión sobre la problemática historiográfica venezolana, con la participación de especialistas de las distintas universidades nacionales y extranjeras y de otras instituciones académicas preocupadas por el desarrollo de los estudios históricos en Venezuela.

Posteriormente del 7 al 10 de diciembre de 1999, se llevó a cabo el *II Seminario de Investigación Historiográfica: Historiógrafos de Venezuela del Siglo XX*. No sólo el aumento de los días de su duración y el acotamiento a un tema específico nos habla de la consolidación del evento. Ya era la reiteración patente de un compromiso plenamente asumido y llevado a cabo. El propósito de este seminario fue realizar un análisis sobre la historiografía de un selecto grupo de escritores venezolanos para advertir sobre su aporte al conocimiento y comprensión del proceso histórico venezolano y de su historiografía, pretendiéndose más con sentido de crítica historiográfica que de elogio. A tal fin se invitaron a un considerable número de historiadores

y a otros científicos sociales, de manera de poder tratar el problema desde diversas perspectivas y áreas del conocimiento científico. Con la presentación de 52 ponencias se dibujó una visión general de quiénes y cómo han historiado el país en el siglo pasado y cuáles eran las posibilidades de desarrollo de los estudios y de la investigación histórica en la antesala del nuevo milenio.

Del mismo modo, el GIHV se ha logrado consolidar a través de una labor de edición, con la publicación en octubre de 1998 del No. 1 de la *Colección Historiográfica*, con el trabajo de Yuleida Artigas Dugarte y Robert Castillo, *Linajes de la elite colonial merideña: Gavirias y Avendaños (siglos XVI y XVII)*. En abril de 1999 aparece el No. 2 con *Linaje, matrimonios y poder en Mérida colonial: la familia Cerrada*, de Teresa Albornoz de López. En noviembre del 2000 se presenta el No. 3, con el estudio de Gilberto Quintero Lugo, *La crisis de la democracia en Venezuela (1941-1993)*. En febrero de 2002 se publica el No. 4 de la *Colección Historiográfica* con un excelente trabajo colectivo coordinado por el profesor Alí López Bohorquez, con el título de: *De la enseñanza a la investigación histórica: homenaje al Dr. Horacio López Guédez, en los 45 años de los estudios profesionales de Historia en la Universidad de los Andes*. Otra de las obras editadas por el GIHV fue el No. 1 de los *Cuadernos de Historiografía*, con el estudio de Robinzon Meza y Yuleida Artigas, *Los estudios históricos en la Universidad de los Andes (1832-1955)*.

Esta labor editorial del GIHV, continuó en ascenso en julio de 1999 con la aparición del primer número de *Historiográfica: revista de estudios venezolanos y latinoamericanos*, la cual ha mantenido su periodicidad hemerográfica con la aparición de los números 2 y 3. Igualmente el GIHV ha publicado libros cofinanciados con otras instituciones como es el caso del estudio de Ildelfonso Méndez Salcedo, *La Capitanía General de Venezuela, 1777-1821: una revisión historiográfica, legislativa y documental sobre el carácter y la significación de su establecimiento*, el cual fue coeditado con la Universidad Católica Andrés Bello, en enero de 2002. Caso similar es el libro de Robinzon Meza, *Política y gobierno en el Estado de los Andes (1881-1899)*, coeditado con la Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, en julio de 2002.

Como se ve, el GIHV se ha encargado de valorar la historiografía en sus distintos ámbitos, profundizando el conocimiento de los procesos históricos generales y específicos del país, desde las antiguas culturas aborígenes hasta la sociedad de la Venezuela actual. Además, ponderando el volumen y la calidad de la obra desplegada en algo más que un lustro, es imposible no considerarlo como uno de los grupos –formales e informales– más activos y productivos que operan en el país.

EL III SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN HISTORIOGRÁFICA: DEBATE EPISTEMOLÓGICO

Este Seminario, dedicado al tema de *Venezuela en la Historiografía Extranjera*, se realizó en Mérida del 24 al 27 de septiembre de 2002. Tuvo por propósito general conocer la historiografía extranjera referida a Venezuela, para identificar su aporte al conocimiento y comprensión del proceso histórico venezolano. Con la presentación de 50 ponencias se logró conocer la producción extranjera sobre la historiografía venezolana, evaluando cómo historiadores extranjeros han estudiado y divulgado la historia de Venezuela, en su conjunto o en el análisis de procesos y coyunturas, regiones, hechos y personajes. Estudios que en gran parte son desconocidos por muchos de los estudiosos venezolanos y por ende rara vez considerados en las investigaciones que se realizan en el país.

En el evento se combinaron figuras emergentes con consagradas, y en general demostró el alto nivel que goza la discusión en Mérida. Tal vez, incluso, lo más llamativo fue precisamente eso: que hubo discusión. De este seminario se pueden decir varias cosas buenas –su organización, la asistencia lograda, la calidad en términos matrices de las ponencias– pero lo más interesante fue, sin lugar a dudas, el debate que generó, expresando todo un proceso de renovación que se está llevando a cabo en la ciencia histórica venezolana, y de la que tal vez no estábamos del todo conscientes. Enhorabuena: no se trató de esos eventos de los que se sale con el resabio de no haber aprendido nada nuevo ni bueno, distinto a las relaciones personales logradas o al hecho, siempre atractivo, del “turismo académico”.

Hubo un conjunto de ponencias, muy buenas todas ellas, que bien pueden ponderarse como propias de lo que uno de los participantes más destacados, el mismísimo Carrera Damas, catalogó en una de sus numerosas intervenciones, de “historiadores ahora llamados ortodoxos”. Trataron del análisis y la descripción de la obra de *historiadores de oficio extranjeros* sobre Venezuela, es decir, de la obra de los *disciplinados* (en el sentido de que siguen la disciplina, lo aprendido en universidades), graduados de tales en los pre y/o postgrados de historia del exterior, sobre el país. Así, por ejemplo, José Rafael Lovera habló sobre Jules Humbert, Juan Morales sobre Demetrio Ramos, Carrera Damas sobre Charles Griffin, Marisa Vannini sobre Luigi Valsalice, Gilberto Quintero sobre Jhon Lombardi, Reinaldo Rojas sobre Frédérique Lange, Alejandro Mendible sobre Francisco Adolfo de Varnheger, Domingo Irwin sobre R.L. Gilmore; Zuly Chacón, en uno de los mejores trabajos presentados, analizó el tratamiento de Venezuela en el *Boletín americanista*, así como Alí López Bohorquez lo hizo con el *Hispanic American Historical Review*.

Todos estos estudios son muy solventes y, como se ve, en general fueron presentados por figuras con obra dilatada y reconocida. Pero paralelamente, hubo otro grupo que generó, en no pocas ocasiones, cierta crispación en algunas –pero sólo en algunas, hay que aclarar– de estas figuras. Estaba constituido por algunas voces tendencialmente más jóvenes, en casi todos los casos sus alumnos y que, en términos generales, presentaron el siguiente planteamiento: la memoria histórica *disciplinada*, es tan sólo otra versión –por supuesto: la científica, lo que no significa más que eso, que es *científica*– de un fenómeno mayor, que es el de la memoria en sí, compuesta de otras variables, y de las que no escapa asépticamente, como si se tratara de una memoria metida en una probeta esterilizada de influencias externas. Se trató, como se ve, de un debate epistemológico entre quienes están más seguros de la validez objetiva, contundente, de sus saberes científicos, y de quienes ven a la ciencia como un relato más de la realidad, independientemente de su eficiencia, que en rigor no se discute, aunque sí se reduce a sus justos límites.

Así aparecieron reflexiones sobre obras literarias, crónicas de viajeros, fuentes gráficas y trabajos periodísticos, tratados como aspectos atendibles por la historiografía. La crítica “ortodoxa” hizo una advertencia interesante: no hay que confundir las cosas; y no es lo mismo un testimonio de un viajero, en cuanto fuente documental, que entenderlo como discurso histórico en sí. Lo que corresponde, entonces, a la historiografía, es estudiar el uso posible, o el uso que ya se le ha dado, a ese testimonio en la obra *disciplinada*, después de su auscultación metodológica. Germán Carrera Damas se puso a la cabeza de la discusión, y de forma sostenida, defendió vehementemente esta postura, haciendo críticas más o menos severas a todos quienes se aventuraron en propuestas de esta índole.

La contraparte, a su vez, sostuvo que el conjunto de operaciones mentales que realiza el literato, el viajero o el periodista a la hora de elaborar su discurso se parecen lo suficiente a las del historiador, como para ser tomadas en cuenta por la historiografía. Que ésta se alimenta en tal grado de estos testimonios como para considerarlos su sustancia nutricia vital, de manera que es fútil, en ocasiones, tratar de disociarlos. Que historiadores y otros analistas de la realidad suelen ser hijos de un mismo *zeitgeist*, responden a una misma mentalidad, y que por eso la historiografía debe apuntar a ambos si de verdad quiere comprender el proceso de producción de discursos históricos.

De este modo, Álvaro García Castro encontró en la obra pictórica y las crónicas de Auguste Morisot todo un discurso atendible desde la historiografía; Miguel Tinker Salas considera que el testimonio de los visitantes o residentes en los campos petroleros entre 1930 y 1960, es una forma de historiografía

del país, más allá de lo que él, que sí es un historiador *disciplinado*, pueda interpretar de ellos; César Araujo Torres vio en las fotografías de Pal Rosti una historia visual del país; Felicitas López Portillo entiende a los informes de los diplomáticos mexicanos en Venezuela como algo más que fuentes primarias; Aura Coromoto Guerrero encontró en la obra pictórica de Anton Göering la manifestación de un discurso muy concreto; Ysaac López metió su escarpelo en el testimonio de viajeros de la región coriana, de la misma forma que lo hizo Luis Manuel Cuevas, en su contundente trabajo sobre la construcción de un imaginario presente en los viajeros alemanes del siglo XIX. Quienes escribimos éstas páginas, hicimos los propio, Claudio Briceño también con viajeros decimonónicos, y Tomás Straka con la obra del Premio Nobel de Literatura trinitario, V.S. Naipaul.

Es una lástima que la larga sucesión de ponencias, en contra de las que siempre conspira el tiempo, y la construcción sobre la marcha de esta discusión, impidió estructurarla en un todo coherente. El debate —y eso es tal vez lo mejor que tuvo— se dio como producto de la confrontación de las ponencias, sin estar previamente planteado; nació del contraste de trabajos concretos realizados. En cada caso, ante cada pregunta o ponencia, surgió un pedazo del mismo. O después en los momentos del café o en las reuniones posteriores a cada jornada de trabajo, se llevó a cabo distendidamente. Corresponde ahora tomarlo en serio, planteado de ex profeso. El presente artículo intenta tan sólo hacer una construcción lo más fiel posible del sentido general que tuvo, advirtiendo lo más rico y, a juicio de los autores, más importante de lo discutido.

En la medida que pase el tiempo y se vayan delineando las obras, no cabe la menor duda de que estos planteamientos irán llevando a unos resultados cuya ponderación final aún está por verse, pero que ya se esboza prometedora. Las tesis propuestas de "bando y bando" (aunque no hubo ni la división ni la malquerencia que el término sugiere: las cosas fueron, generalmente, en cordialidad) son más que atendibles, y todo augura que aquello que haya de razón en cada una de ellas, se impondrá en la historiografía que está por venir. De momento, lo que hay que celebrar es que se haya planteado en este Seminario una discusión así. Que el trabajo del GIHV nos haya hecho propicia otra oportunidad, tan buena, tan rica, para repensar la historia del país.